



El oficio de sepulturero

Etnografía

Leticia Matta

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Montevideo. leticiamatta@gmail.com

Recibido: 27/11/2011 – Aprobado: 27/02/2012

RESUMEN

Hicimos un estudio etnográfico del oficio de quienes manejan los cadáveres en los cementerios, desde la inhumación a la exhumación y reducción de los restos y el acondicionamiento y mantenimiento de los espacios sepulcrales en el Uruguay contemporáneo.

Se observó a los sepultureros durante su permanencia en las necrópolis, se participó en sus acciones específicas y en los momentos de reposo y distensión en su jornada laboral. Registramos entrevistas, individuales y grupales, para una descripción densa de un oficio sobre el que pesa un estigma que incide sobre la actuación de los sepultureros, sobre el ingenio y sentido del quehacer que despliegan y sobre las estrategias con que se defienden de la angustia que produce la exposición cotidiana a la muerte y el manejo de cadáveres, en un típico trabajo sucio poco conocido, lo que les afecta individualmente, en sus relaciones y familias.

Apuntamos a la comprensión del trabajo, no a la tanatología, por lo que la discusión se concentra en la descripción del oficio (inteligencia al servicio del trabajo), las interacciones y cooperación entre los actores y las experiencias compartidas, el análisis del léxico y discurso, el funcionamiento del equipo humano y los mecanismos de defensa grupales e institucionales, que posibilitan una actividad menospreciada al tiempo que se la considera esencial. La etnografía es un medio para conocer y permitir el perfeccionamiento de una función sustantiva y la salvaguarda del bienestar de los usuarios (la única categoría que todos integramos) y de los trabajadores.

Palabras clave: Sepultureros; oficios fúnebres; estigma; sufrimiento en el trabajo.

THE BURIAL WORK: ETHNOGRAPHY

ABSTRACT

We did an ethnographic study of the occupation of those who handle corpses at the cemetery, from the burial to the disinterment and reduction of the remains and the conditioning and maintenance of the sepulchral spaces in the contemporary Uruguay.

The undertakers were observed during their continuance in the cemeteries, we participated in their specific actions and in the break and relax moments of their work day. We registered interviews both individual and in group, for a dense description of a job on which a stigma weighs down and affects the performance of the undertaker, regarding the inventiveness and the sense of what to do that they display and regarding the strategies that they use to defend themselves from the sorrow that the daily exposure to death and corpse handling produces, in a typical dirty job fairly known, what affects them individually, in their relationships and families.

Our aim is the comprehension of the work, not the palliative care, thus the debate is concentrated on the description of the occupation (intelligence to the work service), the interactions and cooperation between the actors and the shared experiences, the speech and lexical analysis, how the human team and group and individual defense mechanisms work, which enable an underestimated activity whereas considered essential at the same time. The ethnography is a way to know and allow the improvement of a substantive role and the well-being of the members (the only category we will all be a part of) and the workers.

Key words: undertakers; burial works; stigma; suffering at work.

Introducción

Aquí se expone los aspectos medulares (prescindiendo del marco teórico y otros aspectos diacrónicos y sincrónicos) de una investigación que, originalmente, se llevó a cabo para la tesina de grado en Antropología (2009, FHUCE, UDELAR), y que se ha seguido desarrollando hasta mediados del 2011, abarcando tres cementerios municipales y uno privado en el Departamento de Montevideo y cuatro cementerios públicos en localidades de Lavalleja, Canelones y Maldonado. La metodología empleada para la observación recogió cientos de horas de entrevista individual grabadas con sepultureros (aprox. 85%) y en forma complementaria con limpiadoras privadas, visitantes y deudos (15%). La investigación abarcó la participación en instancias clave de la actividad de los sepultureros - durante más de cincuenta jornadas de campo - observando directamente todas las actividades que se desarrollan en una necrópolis.

La muerte inexorable nos es desconocida como experiencia directa pues siempre se trata de la muerte del otro (Thomas 1975) y como punto de inflexión biológico ha pasado a ser un hecho cultural insoslayable, atractivo para las ciencias sociales y en particular para la antropología. No solamente la muerte, sino también el morir es en plural, según como lo concebamos, según el tipo de experiencia que suscita siempre en referencia al medio sociocultural, el morir presenta diferentes modalidades, donde participan criterios empíricos, jurídicos, morales y religiosos. Si bien todo el mundo muere, no todo el mundo muere a la misma edad, ni de la misma manera, lo que lleva aparejado diferentes representaciones, condiciones y actividades pero, por debajo de esta diversidad, aparece un rasgo en común: la muerte siempre ha sido objeto de pensamiento y sistematización, siendo por lo tanto un tema amplio, extraordinariamente complejo y trascendente .

Puede sostenerse que casi la totalidad de la bibliografía que aborda la muerte y lo funerario desde el punto de vista antropológico, centra su atención en lo que se ha dado en llamar tanatología (Thomas 1975) y por ende en los usos y costumbres funerarias, su evolución histórica, la modificación de las actitudes y la evolución de papel asignado a la muerte y al morir en las diversas culturas. En esos abordajes, que podríamos considerar clásicos (Thomas, Ariés, Iseron y otros) subsiste mucho de la vieja etnografía comparada, la visión transcultural, tan al gusto de los primeros antropólogos europeos

y estadounidenses interesados en exóticas costumbres fúnebres, el duelo y la sacralización de los difuntos en culturas africanas, asiáticas, indoamericanas.

Los cambios que ha tenido el tratamiento de la muerte y de los muertos, son muy atractivos para las ciencias sociales (Thomas 1975) (Ariés 2000) y atraviesan todas nuestras experiencias incluyendo una actividad exclusivamente humana y vital como es el trabajo (Laderman 2003). En estos enfoques clásicos, el oficio de los sepultureros, en tanto abordaje del mundo del trabajo y su evolución como sustento de una visión etnográfica densa, virtualmente no existe¹.

Por eso un imperativo epistemológico para la concreción de este trabajo etnográfico lo constituye la circunscripción al oficio de sepulturero, buscando aportar conocimiento sobre estos trabajadores y la tarea que realizan enfocándonos primordialmente en el mundo del trabajo y no en procura de un aporte sobre la muerte y/o el morir.

Los sepultureros forman parte de un conjunto de profesionales de la muerte y se distinguen por eso como categoría laboral exclusiva y excluyente en la división del trabajo social. Sin ánimo taxativo podemos citar viejos y nuevos oficios, lindantes pero distintos del sepulturero: enlutadores, embalsamadores, autopsistas forenses, preparadores y disectores, limpiadores de escenarios de muerte, encargados de los levantamientos judiciales, médicos y enfermeros intensivistas, empleados de pompas fúnebres (Cataldie 2006) (Reavill 2007).

Nos hemos enfocado en los sepultureros, que manejan los cadáveres en los cementerios, desde la inhumación original hasta la exhumación y reducción de los restos, pasando por el acondicionamiento y mantenimiento de los espacios sepulcrales. Se cuentan entre los trabajadores de perfil más bajo y poco conocido. Como se verá, las peculiaridades del oficio no producen en ellos ninguna concepción peculiar o exclusiva acerca de la muerte y el morir. Suponer que piensan o sienten distinto es una de las creencias ideacionales derivadas de la estigmatización social que pesa sobre ellos. Lo específico de los trabajadores funerarios y especialmente en los sepultureros que soportan el estigma de los “trabajos sucios”, son los mecanismos de defensa que se desarrollan para sobrellevar el sufrimiento y el discurso propio del oficio².

Cuando interiorizamos determinadas pautas sociales y relaciones particulares, estas marcan nuestra forma de pensar, nuestras percepciones, nuestros sentimientos y nuestras acciones (Bourdieu 1988). La razón, siempre necesaria, nunca es suficiente para entender completamente el accionar del otro. Por eso procuramos, en estos casos, no desestimar los puentes sensoriales: un poco de intuición, algo de empatía y de simpatía (Firth 1985) para descubrir a esos discretos tramoyistas: los sepultureros.

1. Ariés, por ejemplo, en las más de 600 páginas de su obra decisiva (2000; La hora de nuestra muerte. La historia clásica de las actitudes occidentales hacia la muerte a lo largo de los últimos mil años) donde trata la evolución de la consideración de la muerte y el morir en la civilización occidental desde el medioevo a nuestros días, menciona a los sepultureros solamente en tres oportunidades y en forma totalmente tangencial. El oficio de los sepultureros, su significación y su lugar en el mundo del trabajo no son tenidos en cuenta.

2. Es imprescindible una precisión terminológica. Según R.A.E. (1981) **sufrir** (del latín *sufferre*) significa sentir físicamente un daño, dolor, enfermedad o castigo; en segunda acepción, sentir un daño moral y en tercera acepción, recibir con resignación un daño moral o físico. En cambio, **sufrimiento**, significa paciencia, conformidad, tolerancia con que se sufre una cosa y, en segunda acepción, padecimiento, dolor, pena. Corominas (1973) advierte que sufrir aparece en castellano hacia el año 1140 y habrá que esperar más de 350 años, hasta 1495, para que aparezcan derivados como ‘soportar’, ‘tolerar’, ‘aguantar’ y ‘sufrimiento’. Ser sufrido es ser aguantador, resistente. No es una diferencia casual o de matices: sufrimiento y sufrir no expresan exactamente lo mismo y desde el punto de vista etnográfico nos interesa la paciencia, la tolerancia, el aguantante, más que la pena o el dolor infligido directamente sobre el trabajador.

Juntos en el escenario de la muerte

Si consideramos a la sociedad como un escenario y a quienes interactúan como audiencia u observadores, las pautas de acción serán rutinas (Goffman 2009). Toda actuación requiere una utilería que la acompaña, como fachada, vestuario, pautas de lenguaje, expresiones faciales o gestos corporales. Estas fachadas trascienden lo particular y se vuelven colectivas en las instituciones. Cada actuación tiene un patrón social estandarizado: hay una forma de ‘ser sepulturero’ cuya validación se produce por el conjunto de personas que contribuyen a la presentación de la rutina establecida. La actuación es considerada la actividad total que despliega un individuo para lograr cierta influencia sobre los demás participantes y contribuir a la presentación de dicha rutina (Goffman 2009).

La mayoría de las labores dentro del cementerio se llevan a cabo en equipo. El servicio fúnebre es un acto fuertemente rutinizado. Las actuaciones de los sepultureros y los deudos no se desarrollan en el plano individual sino en uno culturalmente pautada que permite la interacción entre desconocidos en un momento que, más allá de las cargas emotivas, es considerado crítico. Un equipo es conjunto independientemente de las características particulares de sus integrantes. Aunque se produzcan cambios (sustitución o ausencia de uno de ellos) no se traducen en alteraciones en la actuación. Al respecto, nada más claro que ver a los sepultureros en acción.

Frecuentemente no se hace distinción entre la estigmatización grupal y el preconceito individual. De la misma forma, ya sea para desacreditar como para enfrentar al estigma, los planos individual y grupal suelen entrelazarse (Elias y Scotson 2000).

136

Los sepultureros procuran dar una visión favorable del servicio que prestan, demostrando pericia, integridad, discreción, eficiencia. Cada miembro debe presentar características que permitan reconocerlo o identificarlo como parte del equipo y al mismo tiempo - para conseguir un efecto general satisfactorio - es preciso que sus integrantes mantengan ciertos aspectos distintivos (Goffman 2009).

El capataz, por ejemplo, juega un papel de intermediario entre las autoridades (Servicio de Necrópolis, administrador del Cementerio), los deudos, las empresas de pompas fúnebres y el personal de campo. Puede ser el árbitro en ciertas diferencias para llegar a acuerdos que hagan posible el servicio y organiza los turnos y el desempeño de todos los integrantes del equipo.

En todas las instancias de manipulación de restos humanos por parte de los sepultureros hemos comprobado, que la realización eficaz de su tarea es el principal mecanismo para aliviar tensiones. El primer escalón del mecanismo de defensa, individual y colectivo, es hacer rápido, bien y discretamente. En verdad y partiendo de la experiencia concreta del desmembramiento de restos humanos (Thomas 1989) que demanda una reducción o la manipulación del fardo mortuorio a la hora del sepelio, la primera conclusión es que se trata de trabajar armónicamente, sin pausas ni errores, para superar pronto los momentos más difíciles (tanto para los trabajadores como para los deudos)³.

3. El sufrimiento -en este oficio directamente relacionado con la muerte- no consiste en vivir una pena o dolor directo, salvo que se trate de la muerte de uno de sus seres queridos, sino en la capacidad de tolerar, de aguantar, la confrontación cotidiana con el dolor ajeno y sobre todo con el estigma que conlleva una profunda ambivalencia, una relación de reconocimiento y de rechazo por parte de la sociedad. Los deudos viven su pena y hacen su duelo. Los sepultureros toleran, aguantan y se defienden como pueden de un sufrimiento cotidiano que ni siquiera parece detenerse con el fin del trabajo, como puede verse en todos los testimonios que siguen. El dolor y la pena de los deudos puede ser elaborado y generalmente se amortigua con el tiempo. El sufrimiento de los sepultureros es permanentemente renovado. Esta diferencia entre sufrir la muerte de alguien (pena y dolor

Si un servicio es juzgado considerando la velocidad y la calidad con que se ha llevado a cabo, es posible que la calidad ceda la primacía ante la rapidez. La calidad inferior puede ser encubierta pero la lentitud en el servicio no puede ser disimulada (Goffman 2009). Esto es muy notorio en el trabajo de los sepultureros aunque para el observador no experimentado o transido por sus emociones no sea posible establecer cual de los factores predominó en las acciones que ha presenciado.

La cooperación y la experiencia compartida generan las reglas del oficio poniendo límites y flexibilidad a los aportes de los individuos. En estos oficios es el equipo el que premia a los individuos con el reconocimiento por la tarea bien realizada (Dessors et al 1998).

El trabajo es inteligencia en acción y en la actividad de los sepultureros se maneja la materialidad del trabajo como en todos los oficios: se inventa, se crea, se resuelve aunque estos aportes no sean fácilmente evidentes en actos muy rutinarios y de los cuales, por lo general, se pretende poner distancia. Esta producción eficaz no es previa al oficio mismo, proviene del ejercicio de este. El trabajo produce inteligencia y por el contrario la inteligencia no genera trabajo (Dessors et al 1998)

Discursos propios y ajenos: el léxico del oficio

No existe un léxico sin un trabajo correspondiente ni un trabajo sin su léxico (Barthes 1987). El de los sepultureros comprende términos como *'basura funeraria'* (fétretos destruidos, restos humanos putrefactos, ropas y otros residuos), *'tarea'* (reducción de restos humanos para colocarlos en una urna); *'local'* (panteón); *'lugar'* (un nicho o una fosa en tierra); *'servicio'* (el entierro). Estos términos, que se emplean invariablemente en todos los cementerios visitados y por parte de todos los sepultureros que entrevistamos, cumplen la doble función de aliviar tensiones en el desarrollo del trabajo cotidiano al emplear términos eufemísticos, relativamente neutros, para referirse a los aspectos más directamente relacionados con lo mortuorio de su labor, por un lado, y por otra parte confirmar la pertenencia al grupo. Constituyen un léxico profesional que se distingue nítidamente del que emplea el común de las gentes para referirse al trabajo que realizan. No olvidemos que el lenguaje no se reduce a la simple comunicación sino que los individuos se comprometen con su palabra y se constituyen a través de ella (Barthes 1987).

"¿Qué te parece?" fue una muletilla con la que casi siempre se cerraba el relato hecho por muchos sepultureros al cabo de una entrevista o de las observaciones en el trabajo de campo. La tarea, rebelde a la explicación, apela a la comprensión buscando la posibilidad del entendimiento por medio de la función narrativa (Ricoeur 1983). Sin la capacidad de relatar historias sobre uno mismo la soledad sería insoportable: el relato es el vínculo (Ricoeur 1999). La lucha constante contra el medio nocivo solo alcanza el éxito si el discurso y las prácticas son colectivas. El compañero de labor se cuidará bien de no reavivar las dificultades que tanto cuesta vencer. Estos trabajadores no actúan sobre el origen del sufrimiento (la manipulación de los restos humanos y el estigma social que ello conlleva) sino que limitan la percepción de éste, actúan como equipo y emplean como herramienta primordial la palabra (Dessors et al 1998) (Dejours 2001).

centrado en una muerte y sus vísperas) y el sufrimiento que implica tolerar un entorno nocivo -aguantar lo que Philippe Ariés llama 'el desafío metafísico de la muerte'- en un continuo *ritornello* laboral.

En nuestro trabajo de campo comprobamos que la actuación de los sepultureros durante un sepelio se caracteriza por un funcionamiento fluido, discreto, eficiente pero ceremonioso, tanto en el traslado del féretro como en su disposición. Esta actuación está signada por el respeto hacia los deudos y busca superar el trance ocultando ciertas acciones que deben desarrollar lo cual amortigua los aspectos que generan más tensión durante el sepelio (por ejemplo, hedores a flores descompuestas y a putrefacción, sonidos o efectos de los movimientos como el golpe de la tierra sobre el féretro o la rotura de una cinta, de una tapa o la caída de un ataúd desintegrado con el cual el recién llegado compartirá sepultura).

La actuación de los sepultureros alcanza momentos de máxima tensión cuando se procede a la reducción de restos cadavéricos o a la disposición de ataúdes. En esos trances los sepultureros proceden con absoluta calma, sin gestos ni sonidos que delaten la tensión que también ellos sufren. Es una actuación llena de coraje. Este saber hacer es parte de los secretos o antecedentes discretos que permanecen ocultos para los deudos y para los observadores circunstanciales aunque estén destinados a aliviarles los aspectos más terribles de la situación.

Coreografía fúnebre: el equipo funcionando

138

Las empresas de pompas fúnebres traen los féretros en un vehículo y los sepultureros lo están esperando. Las antiguas carrozas, aquellas fantásticas pagodas rigurosamente negras, han sido sustituidas por furgones o camionetas aunque de marca prestigiosa porque esto forma parte de la pompa fúnebre. El cortejo llega con mucha puntualidad. El traslado del féretro suele ser manual con participación de los deudos y de los sepultureros. Los trabajadores guían la procesión hasta el lugar del sepelio aunque en caso de un cortejo muy reducido colaboran en el traslado del féretro, con lo cual participan más directamente.

Llegados al panteón, nicho o sitio indicado, los sepultureros toman a su cargo el procedimiento. Es la culminación del sepelio, el momento en que el cadáver será efectivamente separado de los vivos. Según el caso, se introducirá el féretro a pulso en la sepultura, con ayuda de cintas o con el cargador automotriz si se trata de un nicho en altura. Una vez cerrado el sepulcro se colocan las coronas y adornos florales y concluye el acto.

Todo el procedimiento demanda, por lo común, de 10 o 15 minutos y el equipo de sepultureros funciona con gran eficiencia. Aunque surjan imprevistos en el cementerio no hay *bloopers*⁴. La clave radica en que un buen funcionamiento de equipo permite superar percances con decoro y compostura sin que los dolientes lleguen a darse cuenta de que ha corrido riesgo la seriedad o perfección de la ceremonia.

También aquí los trabajadores ponen todo su ingenio al servicio de la tarea. Entendemos por ingenio la forma de inteligencia movilizada por el encuentro con lo real que hace al acontecimiento, entre la prescripción teórica del trabajo y la tarea concreta, entre lo que establece el reglamento y lo que requiere el desarrollo de la tarea en la práctica (Dessors et al 1998). El ritmo, la precisión y la destreza de los trabajos permite concluirlos con éxito (Ricoeur 1995).

4. Caídas, golpes y escenas ridículas corrientemente industrializadas por la televisión como episodios reideros.

“Hay que ir bajando de a poco ...parejo los dos y hay que ser muy bueno, uno de cada lado de la faja, uno de la izquierda, otro de la derecha ... y el cajón va pa abajo ... y hay que tener cuidado con el compañero que está abajo...que es el que lo agarra y lo lleva al catre, a los catres ... se llama catres, los que están así (haciendo una seña) son dos, están contra la pared, para apoyar el cajón... lo apoyás en los catres y lo vas llevando... lo vas llevando... lo vas llevando... después cuando está arriba, Ud. se viene para el fondo, hacia acá, pa’ la cabecera y lo corre pa’ dentro y le saca la faja, que están enganchadas en unos ganchos que tenemos ahí. Arriba están los ganchos al lado de la faja y ta, después lo deja ahí, lo mete pa’ dentro y tá... bueno como todo, la primera vez (sonríe) ve todo oscuro porque ahí no hay luz, Ud. está ahí adentro y está todo oscuro, no sabe si el cajón aguanta, no sabe si las manijas aguantan o no aguantan... porque se han roto muchas manijas ¿vió?”⁵.

Son las reducciones, como veremos enseguida, las que exponen el estigma que la sociedad proyecta sobre estos trabajadores. El equipo enfrenta al sufrimiento y al estigma, enfocándose en la realización de un buen trabajo. Este sentido de perfección, de sentimiento de trabajo bien hecho, de juego de equipo, sigue siendo la única mediación entre el campo social y la realización del si mismo (Dejours 1998).

La capacidad de resistir instiga la movilización de la inteligencia y la mirada de los otros sobre lo que hacemos. Lo que se consigue mediante la tarea contribuye a la formación identitaria del sujeto. Soy lo que hago pero mi saber hacer alivia el sufrimiento y gratifica. Nunca tan claro como entre los sepultureros.

Reducción: punto clave del horror y del estigma

La reducción periódica de restos humanos es el contacto más directo con los más diversos grados de descomposición de los cadáveres y esto es lo que más une a estos trabajadores con la muerte y al mismo tiempo lo que los separa del reconocimiento.

Los fragmentos siguientes del Diario de Campo, dan cuenta sumaria de una de estas jornadas definitorias.

Hoy miércoles es el día en que se efectúan reducciones en este cementerio. Llego puntualmente a las 10 y agradezco que el día esté soleado lo que acentúa los aspectos más amables del cementerio, árboles, flores, pájaros, la tibieza del sol y la buena sombra. En los días grises, en cambio, predominan los aspectos funerarios, los blancos, grises y negros del ornato, la oscuridad y otras sensaciones organolépticas como los olores propios de la descomposición de las flores.

Apenas llegada noto que se trata de un día de actividad realmente extraordinaria. La antigua capilla central, ahora desacralizada, está abierta y es allí donde se llevarán a cabo las reducciones. Sus tres puertas de doble hoja, abiertas de par en par dejan ver las paredes amarillas y el techo azul cielo. Está completamente vacía, exceptuando un tacho azul para los desperdicios.

Los familiares caminan nerviosamente cerca del portón lateral y sin alejarse de la administración. A paso vivo llega D., termo y mate en mano, vestido con el uniforme azul de fajina. Todos nos saludamos. D, C, y S. me saludan cordialmente. J. siempre algo más distante, me advierte que hoy “no me va a poder dar mucha bola”. Luego encuentro a W., J., L, y M. e intercambiamos saludos.

5. Fragmento de entrevista a un sepulturero del Cementerio de La Teja.

Estamos reunidos en la administración mientras el capataz ultima el papeleo. Me acerco a J. y le digo "Ay J, me duele la barriga". Me contesta "tranquila, tranquila, vas a ver que no pasa nada". Nos vamos rumbo a la capilla y veo, junto a la puerta derecha, cabos de velas blancas y otras verdes, blancas y rojas.

Todos en su tarea. C. y L. con el papeleo, se detienen a saludar a las limpiadoras. M. trae en el cargador hidráulico los implementos de trabajo. El empleado de la empresa fúnebre para la cual se hacen las reducciones trae las urnas que se van a utilizar para colocar los restos reducidos. En tono jocoso me dicen "mira como armamos el escenario". C. pone caballetes, W. trae baldes, J. barre hojas. Mojan los guantes para ablandarlos. Fuman, fuman, fuman. Entre los árboles los familiares siguen sus caminatas mientras esperan a ser convocados.

En la capilla hexagonal el escenario queda armado con tres pares de caballetes, donde se dispondrán otros tantos féretros y tres tachos para el despojos que serán desechados. En un rincón dispusieron una silla vieja de metal con un taburete a su lado. Sobre este colocaron un frasco de vidrio grande (de unos 10 lts.) sin tapa.

Yo estoy tensa, los familiares están tensos, los sepultureros están tensos. C. me dice: "vení, ponete unos guantes y participá de la carnicería" (todos reímos nerviosamente como si este humor macabro sirviese, de hecho sirve, para descargar en algo la tensión). Estoy con todos los sepultureros en la capilla, excepto el capataz que continúa con los papeles y los deudos en la administración. El procedimiento requiere que los familiares vayan con el capataz hasta el nicho y acompañen el féretro correspondiente en su traslado mediante el elevador hasta la capilla.

Antes de que comience el trabajo estoy sola y aparte, como observadora. No escucho lo que conversan pero lo presumo. Me pareció que hacían comentarios acerca de mi capacidad o incapacidad para soportar la parte más sórdida de su trabajo sin escapar o descomponerme. De hecho, yo gasté esos minutos previos pensando en esa posibilidad y presumía que ellos o la mayoría de ellos apostaban a que no sería capaz de soportar la prueba. Por mi parte, aún con dudas yo tenía la firme determinación de superarla y cumplir con mi trabajo tal como ellos lo hacían con el suyo. La suerte estaba echada.

Las reducciones programadas para el día eran ocho. Las tareas fueron asignadas por el capataz: quienes iban a reducir y quien manejaría el cargador. El cargador estaba a cargo de W. (el más veterano). Dentro de la capilla se formaron tres grupos (que según comprobé estaban bien establecidos de tiempo atrás): J. (un "grupo de uno" pues siempre trabaja solo), J. y M. (quienes desde que se conocieron siempre trabajan juntos) y C., muy experimentado, quien ahora trabajaría con L. (el nuevo). Para L. estas son las primeras reducciones aunque su comportamiento, su conversación, sus actitudes no se distinguían en nada de la de sus compañeros. Yo no era la única observada por los otros sepultureros. Sobre "el nuevo" también pesaba una expectativa especial de sus compañeros en virtud del carácter iniciático del momento. En el discurso de todos ocupa un lugar importante la condición de novato, reviven en este episodio su propia iniciación y la tensión e incertidumbre acerca de la capacidad del "nuevo" para "aguantar" parece una manifestación de su propia tensión acerca de la capacidad individual y colectiva para enfrentar y sostener en el tiempo los mecanismos para defenderse del sufrimiento que produce este trabajo.

Entre todos entran los tres primeros ataúdes, los depositan sobre los caballetes y los abren quitando las mariposas de los tornillos de cierre. Simultáneamente sacan las tapas y las colocan en el suelo. Los familiares - uno y generalmente más de uno - se colocan junto al féretro con un paño blanco y una bolsita con talco que se les ha suministrado. En dos de los ocho casos de este día no había deudos presenciando la reducción. En el caso de J., quien como se dijo trabaja solo, los familiares se coloca-

ron al otro lado del féretro. En los otros casos y dado que los sepultureros trabajan a cada lado, los familiares se colocaron a los pies del ataúd. Los féretros presentan en su exterior telarañas, las maderas y los herrajes están deteriorados. En el momento en que se destapan un fuerte hedor invade el recinto. Al depositar las tapas en el suelo se esparcen muy numerosos huéspedes biológicos o restos de los mismos. Seguidamente los sepultureros retiran las mortajas, desgarrándolas a mano y las depositan en los tachos de desperdicios. Luego acercan la urna, le piden al familiar el paño blanco antes mencionado y revisten el interior de la misma.

En la mayoría de los casos observados la piel y la carne seca de los cadáveres había adquirido la consistencia de una envoltura correosa y resistente. Estos son los casos - acerca de los cuales los sepultureros me habían advertido - en donde "hay que meter cuchillo". J. fue el primero en informarle a un familiar (un hombre de aproximadamente 50 años que presenciaba la reducción de su madre) que "iba a tener que cortar". Cuando comienzan a trabajar con los cuchillos la capilla es realmente invadida por el hedor de la muerte y por los crujidos y chasquidos que produce su accionar. Los sepultureros trabajan sin pausas, muy rápida y eficientemente, sin hablar pero en un cruce constante de miradas, muchas de las cuales iban dirigidas a mí. Solamente se me acercó J. un instante y por lo bajo me preguntó "Y...¿qué le parece?". Cuando todos los restos óseos están colocados en la urna correspondiente se les espolvorea el talco, se cubren y esta se cierra con tornillos. Hecho esto W. acompaña a los familiares portando la urna hasta el urnario. Por mi parte permanecí durante todo el procedimiento en la capilla.

C. y L. están muy retrasados con su primera reducción. Se trata de uno de esos casos donde "hay que meter mucho cuchillo". Los cuchillos son en realidad cuchillas de gran tamaño (hoja de 40 centímetros de largo o más), muy afiladas y con buen aspecto que además asientan, entre uno y otro caso, mediante grandes chairas de las que todos disponen (el chairado es parte muy notable del panorama sonoro). Los dos elementos de trabajo de los sepultureros que presentan buena apariencia (más eficiente) y abundancia son las cuchillas y sus guantes (guantes largos hasta el codo de tela reforzada y caucho, azules, de los cuales el capataz había traído una gran bolsa con pares nuevos) que los operarios iban empleando y desechando.

C. presenta rastros de una lesión facial importante, una gran cicatriz que le cruza el rostro desde el frontal hasta el mentón y que a los efectos que nos interesan, le acarrió la pérdida del ojo izquierdo. En el caso de esa primera reducción que encararon C. y L. se trataba de un varón y los familiares presentes eran dos hombres de mediana edad, el hijo y el hermano del difunto. Apenas descubierto el cadáver, C. se acercó a los deudos y les comunicó que habría que cortar. Estos asintieron pero en el acto ambos comenzaron a llorar angustiosamente. C. empuñó su cuchilla, le dio otra a L. y comenzó a trabajar rápidamente. Solamente quienes estábamos atentos a la condición de novato del joven notamos que tuvo un titubeo. Con la cuchilla empuñada vacilaba e inmediatamente apareció a su lado el capataz con su cuchilla y terminó el trabajo junto con C. El novato no se alteró ni se retiró.

A las 11 y 30 se habían hecho las tres primeras reducciones. Los féretros vacíos se van colocando a un lado fuera de la capilla. Se barre el recinto y se espera el ingreso de otros tres féretros. C. se paseaba inquieto y me dijo "vamos muy lento, vamos muy lento... a mí me pone nervioso esto...". Algunos deudos lloran en torno a la capilla.

Cuando se inició la segunda serie, J. y M. debieron enfrenar una reducción con "complicaciones". Los deudos eran seis o siete hombres jóvenes, compañeros de trabajo del difunto. Cuando destaparon, el cuerpo estaba envuelto en polietileno, pues la persona había fallecido en un accidente automovilístico y los hospitales suelen entregar los cuerpos acondicionados en esa forma. Se podía observar la causal de la muerte;

el cráneo destrozado. Al retirar la película de polietileno el hedor resultó abrumador. Casi todos los presentes abandonamos el recinto (incluyéndome) debido al tremendo impacto del insoportable olor de la muerte que invadió todo el cementerio irradiando desde la capilla. Nos alejamos buscando aire. Aire. Aire. Buscando desesperadamente aire. Solamente permanecieron en su puesto los cinco sepultureros.

Cuando vi a J. fuera de la capilla me acerqué nuevamente. Estaba inclinado ante una canilla intentando infructuosamente limpiar la carne del cadáver de sus guantes. Exhalaba el tremendo hedor de la putrefacción. Entonces me miró profunda y detenidamente interrogándome, aunque no lo verbalizó, “viste lo que debemos hacer, viste como es realmente lo que te relaté”. Independientemente de cualquier morbosidad o truculencia, este episodio resultó profundamente estremecedor. J. se despojó de los guantes y volvimos a entrar en la capilla. Su compañero M. mascullaba insultos como para sí mismo (profundamente contrariado consigo mismo). A esa altura, después de las seis reducciones, quedaban los últimos dos cadáveres: precisamente aquellos en que no había familiares para presenciar la reducción. Esto alivió mucho la tensión sumado al hecho que al abrir los féretros se encontraron con lo que ellos consideran condiciones favorables (cuerpos en donde la reducción es sencilla debido a la desintegración y desecación avanzada de los restos). Esto permitió la reaparición del humor como elemental mecanismo colectivo de defensa. Tanto L. como yo fuimos objeto de burlas benévolas por nuestra condición de novatos en estos cruentos episodios. En el último caso, abrieron el ataúd y dejaron a L. para que actuara, en solitario, la reducción mientras todos intercambiaban comentarios jocosos y le alentaban rodeándole. L. pudo realizar la tarea sin inconvenientes, llevando a cabo su angustioso rito de paso entre sus compañeros. Para mí también fue bueno ser parte de la descompresión que implicó ese clima humorístico.

Después de las 13 horas, cuando ya se habían ubicado todas las urnas, regresó W. con el cargador y procedieron a desmontar el “escenario”. La jornada había terminado. La capilla quedó vacía. El hedor permanecía. Fui testigo de un intercambio entre W. y J. El veterano que no había estado presente preguntó: “¿Y el gurí... aguantó?”. _ “No, no... no aguantó”.

142

Estigma del trabajo sucio

Muchos oficios o actividades se reconocen como necesarios pero son estigmatizadas según varias categorías (trabajo servil, trabajos con alto riesgo físico, trabajo con basura, deshechos, trabajos informales o que limitan con el delito, entre otros). Basta que se configuren los indicadores de una de ellas para que un oficio deba ser considerado como sucio (Drew et al. 2007). Las actividades o trabajos vinculados con la muerte, o con los periodos más críticos de las enfermedades y en general del peligro de vida, del tránsito de la vida a la muerte y después de la muerte la disposición del cadáver y las transformaciones o manipulaciones posteriores son, sin lugar a dudas, los más estigmatizados (Snyder Sachs 2002) (Roach 2003).

Esta amplia zona de contacto entre la vida y la muerte implica la exposición a los máximos riesgos de índole biológica, psicológica y social. El riesgo de perecer, de sentirse avasallado por la angustia mortal, por el sufrimiento terminal y la desaparición supone una tensión traumática de consecuencias profundas y duraderas para todas las personas (Iserson 1994).

La manipulación de los muertos como forma de ganarse la vida da origen a un estigma mayor (González Crussi 1990) y uno de los ejes principales de nuestra investigación

ha sido la comprensión del trabajo de quienes realizan tareas de sepultura, a raíz de lo cual resultan afectados ellos mismos y quienes se vinculan con ellos (Goffman 2008).

*“Mi hija fue la que más sufrió, (...) en el liceo le decían Morticia porque vivía en el cementerio”*⁶. El estigma es definido como la situación de un individuo que, por esa causa, se ve inhabilitado para una plena aceptación social (Goffman 2008). El estigma se difunde desde la persona estigmatizada hacia sus relaciones más cercanas. A su vez, la relación con el estigmatizado implica un atento esfuerzo de indiferencia que a menudo va acompañada por tensión, por incertidumbre y por ambigüedad que son experimentadas por todos los actores y especialmente por el estigmatizado. Se trata de características propias de la situación que constituyen un régimen de intercambios sociales; no corresponden a estados psicológicos previos al intercambio ni son fallas en la sociabilidad, son los indicadores de una socialización precaria (Joseph 1988).

*“Yo le dicho todo sobre mi trabajo a mi hijo... menos que entierro gente”*⁷. La sociedad establece los medios para categorizar a las personas, dándole a los atributos valoraciones culturales. El intercambio social rutinario nos permite tratar con “otros” sin dedicar una gran atención o reflexión especial sino que la primera apariencia nos permite colocarlo en una categoría definida socialmente, es decir, ciertos atributos de los individuos son directamente definitorios de su identidad social (Goffman 2008).

*“Yo nunca fui basurero... yo fui recolector... la gente se piensa que porque uno es negro le pueden decir negro basurero”*⁸. Dentro de los equipos de trabajo unidos por la intimidad de la convivencia y el tiempo, se crean apegos y aversiones en común: a su vez, cada individuo tiene una posición claramente fijada. La construcción identitaria de estos trabajadores se desarrolla bajo la plena consciencia de la estigmatización social ligada a su oficio por encima incluso de sus características socioeconómicas, étnicas, religiosas o educativas.

*“Si estoy en una reunión social tengo que contar cuentos de fantasmas y aparecidos... siempre me preguntan si enterré alguno vivo... siempre lo mismo”*⁹. La mecánica de la estigmatización organiza la relación intergrupal y el relacionamiento con los otros grupos (Elías et al 2000). Quienes manejan cadáveres son vistos con desconfianza y temor. Eso provoca hostilidad, nerviosismo, desconfianza y una valoración negativa que cubre todos los demás aspectos (González Crussi 1990).

La estigmatización social y la relación excluido/incluido son preconceptos operando de grupo a grupo, dentro de una óptica social y no individual (Gouldner 2000).

Para el estigmatizado el que lo comprende es quien comparte su estigma. Las mañas del oficio, el saber hacer, el apoyo moral, los lamentos y quejas como formas de refugio y el placer de estar con un igual, son otros tantos elementos compartidos. Los espacios de vida colectiva son muy importantes entre aquellos que pertenecen a una categoría especial. Cuando un individuo forma parte de un grupo favorece las relaciones hacia adentro y hacia fuera de dicho grupo (Goffman 2008).

Para enfrentar el sufrimiento en el trabajo y superar los efectos perniciosos del estigma como estereotipo negativo que pesa sobre el oficio y que por extensión tiñe la vida del trabajador, invade su intimidad y la de su familia, los trabajadores desarrollan, en forma más o menos consciente, mecanismos de defensa individuales y colectivos.

6. De la entrevista con un sepulturero del Cementerio Británico.

7. De la entrevista con un sepulturero del Cementerio de La Teja.

8. De la entrevista con un sepulturero del Cementerio del Cerro.

9. De la entrevista con un sepulturero del Cementerio Central.

El trabajador tiene que “*acostumbrarse*” como mecanismo defensivo contra el desgaste de una tarea socialmente desvalorizada y a la vez tener presente “*el sentimiento de la gente*” para seguir vinculado al grupo social y tener que cuidar que “*no se te enrede el bocho*”, lo cual también aparece recurrentemente como una expresión del riesgo real o presunto a la desestabilización psíquica, la locura, la angustia que parecen estar poco más allá de la ansiedad y el sufrimiento que les produce su trabajo (Dejours 2001).

Técnicas del cuerpo, habitus, identidad y oficio como coraza para el sufrimiento

Las técnicas del cuerpo (Mauss 1996) se refieren a la manera de comprometer el cuerpo en las actividades, lo que no tiene nada de natural. Los factores culturales moldean los gestos, actitudes y posturas de la vida cotidiana, articulan una manera de hablar, de comunicar, de hacer el amor que se sintetiza en lo que se denomina habitus (Bourdieu 1988 b).

Los habitus se construyen social e históricamente según normas bastante rígidas. La antropología ha confirmado esta premisa desde que Mauss puso en evidencia el hecho esencial de que la técnica no se refiere únicamente al uso de herramientas o máquinas, sino también al uso del propio cuerpo, que es por eso, a la vez constitutivo de la persona e instrumento de su acción en el mundo. (Dessors et al 1998).

Los gestos técnicos del oficio y las técnicas del cuerpo hacen que los individuos se reconozcan como miembros de un equipo profesional, social y cultural. Esta es una de las razones por la que son tan difíciles de modificar los gestos técnicos de los trabajadores, pues una modificación afecta al oficio, a la persona y a la identidad. Esto también es particularmente ostensible en el oficio de los sepultureros y en la discusión entre ellos, acerca de la conveniencia de contar con una formación o capacitación profesional: una escuela de sepultureros.

En el compromiso efectivo del cuerpo y en los actos ordinarios del trabajo, esencialmente en los de manipulación, la cooperación es una condición esencial. No estamos frente a actos espontáneos o de naturaleza biológica sino a gestos que funcionan como un lenguaje, un código subordinado a una construcción social, histórica y cultural. Al estar tan alejados de conductas innatas, los cambios de los modelos operativos corren el riesgo de afectar mecanismos sutiles que los sujetos han construido para superar el estigma y el sufrimiento (Dessors et al 1998). Estas son las razones por las cuales los trabajadores se resisten a las transformaciones de sus modos operativos y a sus tradiciones, piedra fundamental de la comunicación, comprensión y cooperación del equipo de trabajo. Por otra parte, son los propios actores quienes tienen más posibilidades de generar nuevas normas y valores.

Lo que suele suceder en los trabajos estigmatizados, es que cuando falta el reconocimiento es suplido por el sufrimiento (en el sentido lato de resistencia, tolerancia, aguante), lo que conduce a diversas estrategias defensivas. Como lo vimos en el oficio de los sepultureros, las conductas humanas se movilizan y desmovilizan en función del mejoramiento del equipo y no como fruto del azar (Dejours 2001).

La construcción del sentido del propio trabajo, debido al reconocimiento por parte de los demás, gratifica al individuo, confirma sus expectativas en cuanto a su realización y da como resultado la edificación de la identidad en el campo social. Lo vivido en el trabajo produce reconocimiento pero cuando el acceso al reconocimiento está marcado por la estigmatización, se traduce en sufrimiento (resistencia, tolerancia). El

individuo necesita la aceptación de un colectivo, su comunidad, su grupo de pares. Naturalmente que el primer objetivo del trabajador no es ser reconocido personalmente sino por su oficio y que se reconozca todas las dificultades que tiene para llevarlo a cabo plenamente.

La utilidad y la belleza del trabajo (en el sentido de la perfección del mismo, el trabajo bien logrado) son condiciones que alivian el sufrimiento de todos los trabajadores (Dessors et al. 1998). La utilidad entendida desde lo social, económico y técnico se produce en la interacción de lo singular y lo colectivo. Este juicio es reconocido por los empleadores, de alguna manera, mediante beneficios salariales, promociones o compensaciones especiales (trabajo insalubre, por ejemplo).

La perfección es dada por el respeto a las normas, reglas y valores del oficio, creatividad y originalidad buscando el “salió bien”. Los juicios de utilidad y belleza se formulan sobre el resultado del trabajo y no sobre el individuo, pero el reconocimiento de lo “bien hecho” es básico. En esta apuesta a la identidad en la que ‘somos lo que hacemos’, el sufrimiento no debe cobrar un sentido insuperable para no tener consecuencias graves en el campo de la salud física y/o mental (Cataldie 2006).

Conclusión

En el oficio de sepulturero, la superación del sufrimiento se produce mediante estrategias defensivas que, necesariamente, deben ser colectivas. La utilidad de este oficio es reconocida a nivel social. Nadie duda que los sepultureros son imprescindibles en nuestra organización social pero el reconocimiento de la tarea bien realizada, solo es valorado por los agentes respectivos de cada equipo. Ellos son quienes validan la tarea ya que culturalmente el rechazo a la muerte y particularmente a los cadáveres estigmatiza a los trabajadores. La cooperación y la solidaridad entre trabajadores, de las cuales da cuenta la observación y sus testimonios, son fundamentales como formas de mantener su identidad y su salud mental superando el sufrimiento que rodea a la muerte como presencia cotidiana en lo laboral. La etnografía, al arrojar luz sobre estas realidades, puede servir de sustento a mecanismos institucionales que refuercen los que espontáneamente generan los sepultureros. La antropología es capaz de ofrecer nuevas perspectivas para la discusión e implantación de mejoras en la calidad del trabajo y en las prestaciones a la comunidad.

145

Bibliografía

- Ariès, Philippe, 2000. *The Hour of Our Death. The Classic History of Western Attitudes Toward Death Over the Last One Thousand Years*, Nueva York, Barnes & Noble Books.
- Barthes, Roland, 1987. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Bourdieu, Pierre, 1988. *La distinción*, Madrid, Taurus.
- _____. 1988 b. *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa.
- Cataldie, Louis, 2006. *Coroner's Journal. Forensics and the Art of Stalking Death*, Nueva York, Berkly Books.
- Corominas, Joan, 1973. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid.
- Dejours, Christophe, 1998. *El factor humano*, Buenos Aires, Lumen.
- _____. 2001. *Trabajo y desgaste mental*, Buenos Aires, Lumen-Humanitas,

- Dessors, Dominique y Guiho-Bailly, Marie-Pierre (compiladoras), 1998. *Organización del trabajo y salud*, Buenos Aires, Lumen.
- Drew, Shirley K., Mills, Melanie B. y Gassaway, Bob M. (compiladores), 2007. *Dirty Work. The Social Construction of Taint*, Waco, Baylor University Press.
- Elias, Norbert y Scotson, J L., 1994. *The Established and the Outsiders*, Londres, Sage Publications.
- Firth, Raymond, 1985. Degrees of intelligibility. En: Overing, Joanna. *Reason and morality*, Londres, Cambridge University Press. pp.29-46.
- Goffman, Erving, 2008. *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____. 2009. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- González-Crussi, Francisco, 1990. *Notas de un anatomista*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Gouldner, Alvin, 2000. *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Iserson, Kenneth, 1994. *Death to Dust. What Happens to Death Bodies?* Tucson, Galen Press.
- Joseph, Isaac, 1988. *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*, Buenos Aires, Gedisa.
- Laderman, Gary, 2003. *Rest in Peace. A Cultural History of Death and the Funeral Home in Twentieth-Century America*, Nueva York, Oxford University Press.
- Mauss, Marcel, 1996. "Las técnicas del cuerpo". En: J. Crary y S. Kwinter (editores), *Incorporaciones*, Madrid, Catedral.
- Mir, José María, 1950. *Diccionario Ilustrado Latino-Español, Español-Latino*, SPES, Barcelona.
- Real Academia Española, 1981. *Diccionario de la Lengua Española* (20ª edición), Madrid.
- Reavill, Gil, 2007. *Aftermath Inc. Cleaning Up After CSI Goes Home*, Nueva York, Gotham Books.
- Ricoeur, Paul, 1983. *Texto, testimonio y narración*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- _____. 1995. *Teoría de la interpretación*, México, Siglo XXI.
- _____. 1999. *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós.
- Roach, Mary, 2003. *Stiff. The Curious Lives of Human Cadavers*, Nueva York, W.W Norton & Co.
- Snyder Sachs, Jessica, 2002. *Corpse*, Cambridge, Perseus Publications.
- Thomas, Louis-Vincent, 1975. *Antropología de la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1989. *El cadáver*, México, Fondo de Cultura Económica.